

UN MITO LLAMADO PAUL WHITEMAN

Por Jorge Vall Escriu

Es frecuente leer aquello de «como dijo fulano de tal en tal fecha...» aludiendo a lo que dicho señor dijo, y dándole naturalmente una importancia señalada. A tal respecto por ejemplo, he leído infinidad de veces anécdotas, frases, sentencias y reflexiones de personas cuya reputación internacional se ha hecho popular a través del tiempo. Recordemos las célebres anécdotas de Bernard Shaw, de las que sin duda muchas no le pertenecen, pero recordemos también la obra que nos ha dejado, y como tal nos merece un respeto y una admiración indiscutibles.

El jazz posee también su anecdotario, sus frases célebres y sus personajes no menos célebres. Sin embargo, existe una especie de devoción literaria hacia un músico que estuvo en todo su apogeo por allá los años veinte, cuya reputación (en el terreno jazzístico) no merece crédito alguno. Me refiero a Paul Whiteman, el cual no ha hecho más que distorsionar todo lo que ha podido el verdadero sentido del jazz, con pretensiones erróneas sobre lo que es y debe ser dicha música, organizando grandes orquestas con unos fines comerciales propios del momento, y llamándose a sí mismo el creador del «jazz sinfónico» y otras barbaridades por el estilo.

Pero sobre todo esto giran muchos factores, tal vez el más importante el de la discriminación racial. Es obvio que el promedio del carácter norteamericano es ciertamente infantil; por eso cuando en 1927 el jazz negro había llegado a su punto básico y su indiscutible superioridad hacia los músicos blancos era bien notoria, el tal Sr. Whiteman organizó una fabulosa orquesta con músicos blancos, sobre la cual se lanzó la crítica norteamericana remontándola por las nubes, y para tranquilidad de sus ciudadanos.

Whiteman se animó mucho, tanto, que quiso hacer modalidades hacia lo «sinfónico», que resultaron de pésimo resultado jazzístico. También escribió, juzgando lo que estaba bien y mal dentro del jazz, e incluso editó un libro que circula todavía hoy por el interés de lo que los músicos blancos se consideren los mejores de la especialidad.

No puede despreciarse, sin embargo, el esfuerzo realizado por

algunos de los músicos que pasaron por su orquesta durante su primera época, los cuales hicieron bastante para aparejarse a los negros, y a fe que lograron acercárseles mucho, pero dejémosles en calidad de buenos imitadores si deseamos ser justos, y no nos dejemos influenciar por una publicidad premeditada hacia un Beiderbecke y un Trumbauer, pues lo que cuenta son los discos que nos han dejado, y que hoy se hallan sumidos en el más completo olvido. Cosa que no ocurre con los discos de Armstrong y Oliver, más antiguos todavía.

Por eso si a mi alcance estuviera, rogaría a todos esos señores que

firman artículos sobre lo que han leído, y sobre lo que ha dicho Paul Whiteman en el transcurso de su vida, que no se dejen influenciar por publicidad más o menos bien preparada y se lancen a opinar sobre lo que ellos mismos han oído en terreno naturalmente musical, claro está, pues si bien resulta muy cómodo opinar así, como de segunda mano, por el contrario encierra un grave peligro, ya que se asume la responsabilidad de otra persona, y eso sólo podemos hacerlo cuando dicha persona nos merezca una confianza sin límites, o que posea una reputación sobre lo que se pisa, que no tenga opción a dudas.



Paul Whiteman

Foto: Record